

● La diferencia tiene nombre e historial propio frente a Occidente: al-Qaddafi

Por Juan Carlos Eastman A.*
Especial para EL NUEVO SIGLO

HACE POCO más de 20 años, la Comisión de la Descolonización me invitó a asistir al debate que la Asamblea General de las Naciones Unidas había organizado, durante una semana, previo al desfile habitual de Presidentes y Jefes de Gobierno para la sesión anual de la organización, sobre la esperada independencia de Namibia y el fin del régimen del Apartheid en Sudáfrica.

El fin de semana, tuve oportunidad de conocer algo del entorno de la sede de la ONU, en Manhattan; en una de sus calles, encontré un espectáculo inédito para mí, que congregaba muchos ciudadanos: la actividad consistía en disparar, con una escopeta de balines, a una serie de personajes políticos "tercermundistas", cuyos dibujos estaban además encerrados en círculos que asemejaban miras telescópicas, lo que los convertía simplemente en objetivos de algún francotirador experto y, por supuesto, con una misión que ningún gobierno ni organización admitiría haber comisionado.

Pues bien: uno de ellos era Muammar al-Qaddafi. Estaba acompañado por el Ayatollah Jomeini, Fidel Castro, Daniel Ortega y otros más. Su rasgo común: antiestadounidenses y patrocinadores de acciones extremistas contra sus ciudadanos, militares y aliados en diferentes lugares del mundo. Como sabemos, la administración Reagan, durante esa década, trató infructuosamente de matar a Qaddafi, y su supervivencia solamente alimentó su odio y resentimiento hacia Estados Unidos y sus aliados.

Pasados estos años muchas cosas cambiaron en las relaciones políticas de Libia con el llamado Occidente, pasando del ostracismo político y el embargo internacional, a su rehabilitación por el eje anglo-estadounidense a mediados de la primera década del siglo XXI, gracias a la "guerra contra el terrorismo". Un terrorista o patrocinador del terrorismo internacional, se sumaba ahora al eje anti-terrorista global.

¿Comprensible? ¿Coherente? Las respuestas apuntan a una de las grandes dificultades que enfrentan desde hace varias décadas los gobiernos europeos occidentales y Estados Unidos cuando insisten en ofrecer confusión y ausencia de coherencia al proyectar y aplicar sus imaginarios socio-culturales y políticos, de forma simultánea, con

LAS REVOLUCIONES EN EL MUNDO MUSULMÁN



¿Por qué Libia resulta más visible e importante?

decisiones y acciones que los cuestionan, nublan y debilitan.

Podemos aceptar que se trata del juego inherente a las relaciones internacionales del mundo realmente existente, pero también debemos reconocer que aquí radica su debilidad fundamental: se carece de autoridad moral para exigir lo que hemos convertido en meros instrumentos para revisar el orden nacional y subregional, dejando como herencia simplemente desconfianza.

El telón de la historia que debemos reconocer

A diferencia de otros eventos sociales y políticos en el mundo árabe del Norte de África y del llamado Medio Oriente, la conflictividad alrededor de Libia tiene connotaciones especiales, tanto por las riquezas naturales del país, su ubicación en la geografía mediterránea y su relación histórica con algunos países europeos y los Estados Unidos, y, por supuesto, por la personalidad de su Jefe de Estado.

Las relaciones con Occidente adquirieron una dimensión nueva y potencialmente conflictiva a partir de 1969, cuando el joven oficial Muammar al-Qaddafi, con un golpe de estado, derrocó la monarquía

que había heredado el poder de los aliados en 1945. Las Corporaciones vinculadas a la comercialización global de la energía proveniente de hidrocarburos, encontraron en Libia óptimas condiciones para continuar con sus actividades, a pesar de la nacionalización del subsuelo y de las acciones que en política exterior emprendió el gobierno libio.

Las Naciones Unidas se vieron en aprietos, una vez más, cuando el embargo contra el país carecía de efecto desde la óptica de los gobernantes africanos y árabes. Durante los años más tensos y cruentos de la Guerra Fría, al-Qaddafi cumplió con méritos su función como santuario de diferentes organizaciones extremistas y de liberación nacional, al tiempo que extendía su influencia y protección a todos los rincones del planeta gracias a sus inmensos recursos monetarios.

De hecho, en el marco de los No Alineados, durante la década de 1980, la estrella política se desplazó del Caribe nuestro al norte de África, y del liderazgo ejercido por Fidel Castro al nuevo encarnado por el líder libio. El brazo de Trípoli se extendió desde el Pacífico Sur, en Vanuatu, hasta el Caquetá colombiano, pasando por Centroamérica

y por sus vecinos árabes y africanos subsaharianos.

Sin embargo, al-Qaddafi no era solamente incómodo y eventualmente amenazante para los intereses de algunos países europeos y Estados Unidos; también lo resultaba, y en términos más conflictivos, para la naciente revolución nacionalista islámica en Irán, a finales de la década de 1970. Para el shiismo apuntalado en Teherán, con el Ayatollah Jomeini, la versión laica y socializante fundamentada en su propia lectura del Corán por el gobierno libio disputaba liderazgos e influencias regionales en el discurso anti-imperialista y antioccidental del régimen de los Ayatollahs. Por lo tanto, para ese Occidente que se batía en retirada en algunos escenarios, y trataba luego de recuperar aliento e iniciativa en la ofensiva planetaria, desde otros, al-Qaddafi resultaba una encrucijada entre los "males necesarios y tolerables" y las "amenazas y desafíos prioritarios".

Sus frutos se consolidaron con las exigencias geoestratégicas impuestas por la "guerra contra el terrorismo" emprendida por la administración republicana de George W. Bush, y los buenos oficios de su aliado europeo, el Primer Ministro británico Tony Blair. A partir de

ahí, al-Qaddafi no tenía razones para dudar de la legitimidad de sus decisiones y acciones del pasado: sus enemigos históricos le habían dado la razón. Su última conquista fue apoteósica: asistir a la II Cumbre América del Sur-Africa, celebrada en Venezuela, y presidir los destinos de la Unión Africana, desde donde apoyó la creación de los Estados Unidos de África y la creación de un dispositivo militar continental.

¿Por qué es importante recordar estos eventos del pasado?

En mi criterio, porque una de las debilidades del llamado Occidente en su diálogo y relaciones con los gobiernos y sociedades afroasiáticas y latinoamericanas, ha sido su credibilidad fundada en su naturaleza. Los meses transcurridos de este año 2011, en su foco árabe, desde Egipto hasta el Golfo Pérsico, pasando por Libia, por supuesto, han "desnudado" demasiado pronto la ambigüedad y ausencia de tino en las dirigencias europeas y en los Estados Unidos, en el sentido de enviar un mensaje claro a las sociedades que observan, padecen y/o participan en un conjunto de manifestaciones, protestas y conflictos que aquellos quieren ver

como "luchas por la democracia" y "avances hacia la modernidad".

Valdría la pena recordar, también, que estas experiencias no son nuevas en el mundo árabe-islámico, y que sus frustraciones durante los últimos 60 años han dependido más de la geopolítica global de las grandes potencias y corporaciones transnacionales, con sus aliados domésticos, que de las condiciones y posibilidades de los diferentes actores locales en cada país y región.

Libia y el revanchismo occidental

Ha llamado la atención la rapidez y diligencia con la que los miembros más influyentes de la denominada "comunidad internacional" han condenado al gobierno libio, apurando adicionalmente para que Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad apoyen una intervención militar multinacional que asegure la caída y eventual captura del dirigente libio, como proteger al tiempo a la oposición interna, ya armada, y a los civiles que se ven expuestos a acciones represivas indiscriminadas, cruentas, que han "sensibilizado", como pocas veces en el pasado, las conciencias democráticas de esos gobiernos y autoridades.

De un día para otro, el incómodo aliado al que muchos dirigentes europeos visitaron en su "Campamento Presidencial" después de la rehabilitación que un visiblemente congestionado Tony Blair inauguró, se convirtió de forma veloz en un déspota irracional, un criminal contra su pueblo y un sujeto que debe ser condenado por la Corte Penal Internacional.

Podemos estar en abierto desacuerdo con la personalidad y gestión del dirigente libio, por supuesto; también podemos reconocer en él las rasgos más negativos de esa criatura política que floreció en medio de la descolonización afroasiática, el demagogo, populista y nacionalista, cuya figuración se destaca por su extravagancia personal, su gestualidad provocadora y una oralidad altisonante y fantoche, muy reconocida también en dirigentes del pasado y algunos actuales en el escenario político latinoamericano, ungidos con glorias ajenas y centenarias, portadores de heroísmos vacíos y mentirosos. Pero este cuestionamiento no nos permite desconocer que la "fiebre anti-Qaddafi" impulsada por los dirigentes en Europa y Estados Unidos deja mal sabor y muchas sospechas. Esos rasgos negativos y censurables fueron convenientes y útiles en su momento.

Detrás de esta avalancha mediática y diplomática, acompañada con amenazas de intervención por



LA OLEADA de protestas en el mundo árabe si bien derribaron los muros del miedo no garantizan ni que estén basadas en anhelos pro-democráticos o que de ser ciertos, estos se vayan a convertir en realidad, al menos en el corto plazo.

“El brazo de Trípoli se extendió desde el Pacífico Sur, en Vanuatu, hasta el Caquetá colombiano, pasando por Centroamérica y por sus vecinos árabes y africanos subsaharianos”



parte de la Otan –sin duda, una acción desproporcionada-, e imágenes de funcionarios de alto nivel expresando su indignación, buscan encubrir la tolerancia y complicidad de Occidente con la familia Qaddafi. Ha perdido su valor político en la nueva valoración geoestratégica lanzada desde años atrás, cuando Washington decidió que debía hacerse una "reingeniería al Medio Oriente" y transformar su territorialidad habitual de identificación global por una más amplia que empezaba en Mauritania, y terminaba en Pakistán: el nuevo Gran Medio Oriente de los Estados Unidos.

¿Forma parte de ello la explosión de protestas sociales que ya habíamos anunciado desde otras reflexiones y análisis, incluso desde el año 2010? ¿Es un efecto previsto por el impacto de la crisis financiera en los países capitalistas, cuya fac-

tura siempre se paga en el resto del mundo, independientemente de la inestabilidad y zozobra que agobia, en consecuencia, a sus sociedades, institucionalidad y gobiernos? El entorno libio, quizás sí. Libia, no.

La tesis de que la ausencia de libertad política individual produce falencias económicas y bloques el desarrollo, incluso de la modernidad, no responde a los problemas históricos de las sociedades involucradas en las protestas. Occidente nos enseñó, desde hace muchas décadas, que democracia y desarrollo no son compañeras de viaje necesariamente para nuestras sociedades. De hecho, tropiezan, se contradicen, y éste termina sacrificando la otra. Creer que se pueden trasladar y transferir modelos y experiencias como si se tratara de una mecánica y rutinaria "reingeniería" organizacional, ha

probado, desde tiempos lejanos en nuestras historias nacionales, ser un fracaso y una sobreestimación de Occidente.

¿Una antesala para el resto de África?

En el pasado, después de 1952, África del Norte y el nacionalismo árabe se convirtieron en importantes referentes de la descolonización en África Subsahariana; aquellos movimientos sociales y políticos y sus dirigentes, renovaron sus entusiasmos y enriquecieron sus convicciones con el cambio político en aquellas tierras.

Detrás de Nasser en Egipto, y su época nacionalista del Canal del Suez en 1956, y el triunfo anticolonial de una insurgencia radicalizada contra Francia, en Argelia, con el Frente de Liberación Nacional, en 1962, los dirigentes de los movimientos de

liberación nacional subsaharianos encontraron en aquella región de su continente una fuente de apoyo para sus causas anticoloniales. Frente a los hechos de nuestros días, ¿se espera que ocurra algo similar en medio de la inestabilidad política y de la tendencia a la fractura institucional de varios gobiernos y países subsaharianos?

Algunos dirigentes de la oposición a los regímenes existentes en diferentes lugares de la agitada geografía electoral africana, creen que esta especie de "tsunami político", aparentemente pro-democracia occidentalizante, es una oportunidad ideal para propiciar reformas. Pero, una vez más, debemos regresar a la pregunta fundacional que enfrentaron, en su momento, las organizaciones y dirigentes de la descolonización décadas atrás: "libertad (hoy democracia) con quiénes, para qué y cómo".

Y el debate sobre qué fue primero, si el huevo o la gallina, es central en estas sociedades: la pobreza y el fanatismo no son fuentes de libertad ni de democracia ni de estabilidad. Y el entorno socio-económico solo provocan malestar y protesta, no revoluciones, y sin duda, inseguridad y precarias garantías para el deseado futuro que Occidente quiere, ahora sí, para los árabes: democracias.

Como en El Líbano, Palestina, Pakistán, Irak y Afganistán, los gobiernos occidentales deberán disputar ese horizonte político con fuerzas sociales e ideológicas que han ocupado, de forma progresiva, el vacío de credibilidad y legitimidad de las élites postcoloniales. La "oleada" de protestas que Occidente insiste en valorar como expresiones de una inspiración democrática que ha arrebatado de repente el ánimo de miles de habitantes del llamado Medio Oriente, no favorece el ascenso de organizaciones ni fuerzas sociales pro-democráticas; éstas forman parte de los sentimientos de miedo y desconfianza individual y colectivos hacia los efectos más negativos de la globalización capitalista corporativa. El "fin de su mundo" puede tener, como antesala, el climax del extremismo político en el poder. ¿Es lo que necesita Occidente? De hecho está aún por demostrar que el activismo político islamista no ha sido la fuente de inspiración y movilización.

* *Historiador y Especialista en Geopolítica. Analista de asuntos internacionales. Catedrático del pregrado de Historia en el Departamento de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana, y del programa de Historia de la Escuela de Ciencias Humanas, Universidad del Rosario*